

## EL CONSTRUCTOR DE CASTILLOS

El relámpago iluminó el jardín y la cristalera dejó verlo en aquel fognazo de fotógrafo por un instante, luego rodó largo, como despeñándose, un trueno que se alargó varios segundos. Conté mentalmente y calculé que la tormenta se acercaba. Un aguacero como de gota fría comenzó a repicar en el lucernario de la buhardilla. Se iluminó de nuevo la cristalera y un trallazo sonó como un látigo en una transición de pocos segundos. La tormenta estaba encima de nosotros. Mi esposa se acordó de inmediato de la ropa que me había pedido tendiera, horas antes, pero se resignó de pronto, pensando seguramente que ya no tenía remedio y que aquella lluvia, aquella cortina de agua que había empezado a caer la habría calado ya sin remedio. Se había envarado en el sillón al escuchar el segundo trueno, cuando dijo:

–¡ Mi ropa!

Pero se relajó al instante, se arrellanó de nuevo en el sillón y siguió viendo la película. Se acordó de pronto de las tormentas, de ese miedo ancestral que nos invade a veces recordando remotas desgracias guardadas en algún lugar ignoto de nuestro cerebro, ante el siempre sorprendente fenómeno atmosférico del rayo y del trueno juntos. Los sucesivos truenos ya no la dejaron tranquila.

–De niña me mandaban sacar las velas para ponerlas en la hornacina de la Virgen cuando se acercaba la tormenta.

–Sí, pero sería porque cortaban la luz. Ahora podemos seguir viendo tranquilamente la televisión. No temas, pasará pronto.

Los relámpagos fueron atenuando su intensidad y el trueno empezaba a sentirse lejano, espaciándose la luz del sonido. La lluvia dejó de sonar en el lucernario y un frescor de tierra húmeda me asaltó como un vaho penetrante desde el jardín. Me había desentendido de la película quedando pendiente de la tormenta, hasta que abrí y me asomé a la puerta para cerciorarme de que efectivamente, había dejado de llover, que la tormenta se alejaba definitivamente de encima de nuestras cabezas. Inspeccioné nuestro diminuto jardín para inventariar los posibles daños. Reparé en alguna hoja tronchada sin menor importancia y en que se nos había arruinado la incipiente flor de nuestra maceta de hortensias, que para ella era la más valiosa, pero no la quise preocupar con la noticia y en mi anuncio prevaleció la buena nueva de que la tormenta había pasado.

El corte publicitario se alargaba en una sucesión interminable de coches rutilantes conducidos por rubias imponentes, de atractivos perfumes dotados de mágicos poderes, de viajes a lugares remotos y exóticos; hasta que perdí totalmente el hilo de aquella película de farragosa trama que ya había dejado de interesarme.

Me llegó el sueño y me despedí para acostarme, pero ella seguía interesada en aquella película, aunque ya se echaba las cuentas de la hora larga de publicidad que tendría que tragarse antes de conocer el final de aquella historia de amor y muerte.

Me arrebujé en la cama, la lluvia había cesado por completo. Pero no acudió el sueño que tan claramente se me había insinuado hacía unos instantes: me desvelé por completo, no conseguía dormirme. Me asaltó la imagen de la maceta arruinada y del disgusto que se llevaría cuando la viera y, a continuación, de la playa, del paseo de la tarde y de la conversación con nuestro amigo el constructor de castillos de arena. Se habría destruido todo su trabajo de estos días, el nuevo castillo casi terminado, el que había comenzado con el final de las vacaciones de la Semana Santa, cuando el último turista abandonó la playa y se metió en su atasco camino de Madrid.

No había quedado satisfecho de su trabajo anterior. Un castillo inverosímil, sin modelo posible de la realidad o la ficción, que había sacado de su imaginación a tropicones, en añadidos sucesivos que se iban agrupando alrededor del núcleo central de la edificación, almenado y defendido por un foso seco. El conjunto arquitectónico se salvaba con aquella tierna imagen del niño haciendo pis, con aquella fuente que no dejaba de manar por el cañito de un niño toscamente esculpido en arena, en lo que más bien parecía un pilón de pueblo de montaña o abrevadero de acémilas, pero que a los niños entusiasmaba y, ganando su atención, corrían a pedir a los padres unas monedas para echar en el cesto petitorio que había delante de la fuente.

La ganancia había sido escasa, y aunque pretendíamos consolarle y convencerle de que el mal tiempo había sido la causa, que la falta de tardes apacibles y propicias para pasear era lo que había dado al traste con su negocio, él terminó achancándolo a su falta de pericia en el arte de modelar en arena. Aquella idea le obsesionaba durante esos días y no conseguíamos sacarle de sus graves soliloquios, que nos endosaba a la caída de la tarde cuando se nos venía al bar a consumir su cena y nos dejaba a aquel perro de ojos apacibles a la puerta del establecimiento sin atar. Había dejado de remozar y reparar aquel castillo que habíamos visto crecer y completar con extravagantes añadidos que no nos lográbamos explicar, y ya acusaba algún deterioro en las partes más delicadas de su estructura. La desatención a la filigrana de arena se apreciaba a ojos vista, y se notaba en el despegue que le había cogido, en la parte de culpa que le achacaba por su falta de atractivo y la poca ganancia que le había reportado. Aquella obra, que empezó con ilusión y empuje en los días que precedieron a la Semana Santa y los turistas estaban al llegar. La miraba con mal

disimulado enfado y desatendía lo que antes cuidaba sin descanso, cuando miraba desde todos los ángulos sus perfiles y aristas, reparaba el más leve desperfecto y terminaba regando con mimo, a la caída de la tarde, con aquella mochila de fumigador que mantenía la arena unida y húmeda.

Cuando me acercaba en mis paseos de la tarde, me detenía en el castillo. El tintineo de las monedas le hacía apartar la vista de su trabajo, y al volverse y advertir mi presencia, se animaba a charlar un poco para fumar un cigarrillo. Lo veía ilusionado con su obra y me pedía opinión sobre esto y aquello.

–Aún no lo tengo terminado. Le añadiré algún lienzo de muralla y más almenas. Tiene que llamar la atención desde lejos y que la gente se acerque a verlo; así es este negocio.

Terminaba su cigarrillo y pidiendo disculpas se ponía de nuevo a la faena con entusiasmo. Pensaba entonces en los turistas que no tardarían en llegar y que su obra tenía que estar terminada. Le vi crecer, cada tarde, conforme se acercaban las vacaciones, al mismo tiempo que su entusiasmo y urgencia, en completar su obra en la fecha prevista.

Aquel castillo y su constructor se habían convertido en un elemento más del paisaje. Cuando la noche se acercaba venía a refugiarse en el bar, sin perder de vista mientras quedaba luz, cualquier movimiento extraño que delatara la presencia de perro o persona en las inmediaciones. Allí tomaba algo de cena o se dejaba invitar cuando los visitantes habían sido escasos y no le alcanzaba para pagar con lo recaudado. Si algo extraño observaba, le perdíamos de vista y allí que se dirigía a grandes zancadas con su perro para controlar o, llegado el caso, para retirar del cesto alguna aportación de visitantes tardíos. Luego, desaparecía y ya no se le volvía a ver hasta el día siguiente. Pernoctaba en invierno en un chamizo o caseta de madera que servía en el verano para tomar copas y, a cambio de vigilancia gratuita se generaba la contraprestación que el dueño le exigía por guarecerse del frío. En verano, poca cosa hacía falta y a pie de obra dormitaba envuelto en su saco, con su perro al costado.

Pero aquel invierno fue duro. Los paseantes escaseaban y el sonido de las monedas no se dejaba sentir. Amanecían domingos desabridos y nublados, que eran poco propicios para que las gentes forasteras recorrieran el paseo de la playa, se pararan ante el castillo y de camino, aflojaran el bolsillo. Como las desgracias nunca vienen solas, había coincidido aquel invierno con el cambio de la peseta al euro, dejándose sentir también en aquel cesto, la falta de práctica que aún se apreciaba en el manejo de la nueva moneda. Ante la duda de si era mucho o poco, se decidían por lo menos y las ganancias no daban para sobrevivir. La inflación de los óvolos se dejaba sentir en el cepillo de la iglesia, en las propinas de los bares, en el tamaño de las monedas que se dejaban distraídamente en la mano de aquel enjambre de mujeres rumanas con niños y, también, en aquel cesto de mimbre que estaba delante de la fuente de arena.

Aquella escasez le llevó a desempeñar otros oficios de ocasión. El dueño del estanco, viendo su penuria, le encargó pintara y repasara las jardineras de su entrada y aquello le tuvo entretenido alguna tarde. Siguiéron otros encargos: la balaustrada, algún que otro desconchón, una reparación de urgencia en las mamparas del chiringuito de la playa; pero en sus nuevas tareas no se apartaba en más de doscientos metros de aquel rincón y no perdía de vista el objeto de su vocación principal, de su arte. Y tampoco olvidaba, cada mañana, en reparar algún eventual desperfecto o derrumbe en las almenas, o en cualquiera otra parte en que se produjera. Pero cuando el buen tiempo empezó a dar sus primeras señales y los partes meteorológicos predijeron la bonanza del anticiclón, abandonó todos aquellos oficios mercenarios a los que le había llevado la necesidad y se centró de lleno en su obra por todo el día.

Pero el fracaso de sus expectativas le volvió taciturno e indolente y empezó a mirar aquel castillo con inquina, a prestarle menor atención y a veces lo descuidaba, poniéndole distancia, abandonándolo a su suerte y sin vigilancia. La falta de cuidados le fue deteriorando y el niño de la fuente, que nunca había dejado de manar, quedó descuidado y seco por todo el día.

Debió superar su resquemor o, aquella tarde, advertida la ruina inminente si persistía en su abulia, se decidió a trabajar. Le encontré de espaldas, en cuclillas y atareado en reparar el derrumbe de una almena. El sonido mágico de la moneda le hizo volverse y de pronto advertí que parecía que me estaba esperando. Se levantó diligente y se vino a mí derecho, sin hurgar en el bolsillo de su camisa, como hacía siempre, para cumplir con el ritual del cigarrillo. Llegó a la altura del pretil del paseo, lo superó de un ágil salto y me preguntó sin mediar saludo alguno.

–¿Usted conoce a alguien en el ayuntamiento de Benidorm?

La inesperada pregunta me dejó descolocado por unos instantes, porque no llegaba a calcular cual sería su petición. Pronto reaccioné al concluir que a poco o nada me comprometía con decir que sí, porque no me pareció bien el mentir a aquel muchacho y por la curiosidad de saber qué pretendía, que no hubiera sido satisfecha en caso de una respuesta negativa. Así es que le respondí afirmativamente.

–Verá usted, es que he pensado que sería mejor irme a trabajar a Benidorm, quiero decir a construir mi castillo en la playa de Poniente de Benidorm. Me han dicho que allí no deja de pasar gente de la mañana a la noche, todos los días, lo mismo si es lunes que domingo.

Aún no comprendía muy bien qué pintaba yo en aquel proyectado viaje a Benidorm y mi cara de sorpresa debió de indicarle que precisaba de mayor información para implicarme en el proyecto. Se decidió por fin, después de una breve cavilación, a confesarme la totalidad de sus afanes.

–Es que en Benidorm, para construir castillos en la playa se necesita un permiso del ayuntamiento y sólo permiten un número limitado de constructores. A mí no me lo van a dar, pero si usted conoce a alguien y me recomienda, me da una carta o algo que acredite que soy persona de orden, que mis construcciones son buenas, no sé, siempre será mejor que me presente yo allí, que no me conoce nadie y les diga que quiero construir mi castillo en su playa. Así, de buenas a primeras.

No podía llegar a imaginarme ni remotamente aquella curiosa petición y tampoco, el por qué me había elegido a mí como avalista ante el ayuntamiento. Yo era uno más de los que se paraba y, aunque eso sí, era un visitante asiduo de su obra, pensé que tendría más confianza con el dueño del estanco al que había hecho trabajos o, con el del bar, que atendía con no poca frecuencia la soledad de su estómago o, aquel otro que le permitía cobijarse a cambio de vigilancia. Terminé aceptando que si se trataba sólo de eso, de una carta, que no tendría inconveniente en hacérsela y dirigirla a algún conocido que le orientara en su nueva empresa o, si llegaba el caso, ante el ayuntamiento, avalando de ser cierto cuanto decía. Ante mi aceptación, cambió su ánimo, se puso alegre y hasta locuaz.

–Aquí no tengo futuro. El invierno ha sido muy malo y ya ha visto usted cómo me ha ido la Semana Santa, que otros años se ganaba y éste no ha dado ni para comer. En Benidorm, me han dicho, que a poca suerte que se tenga, y hasta en días malos, se triplica la ganancia de un día bueno de aquí. Comprenderá usted que quiera irme, después de esta mala racha, a probar suerte a Benidorm. No puedo seguir viviendo de la buena voluntad de unos y de otros, que ya sabrá usted que me echan una mano cuando las cosas van mal, porque si un día advierto mala cara no vuelvo en una semana, y he llegado a pasar hambre de verdad este invierno.

Me imaginé de pronto aquella playa sin su castillo y me embargó como una sensación de malestar, de ausencia, porque era ya una estampa obligada. Aquel rincón perdería su encanto y ya no sería lo mismo. Aquel castillo se había convertido en punto de parada obligatoria de mis paseos, la excusa para echar un cigarrillo, conversar sobre cosas intrascendentes, comprobar cómo le había ido la ganancia del día. No me gustó la idea y sin saber por qué me puse a argumentar, a disuadirle de su propósito. Empecé por decirle que en Benidorm se encontraría con una gran competencia, que allí se juntaban los mejores modeladores de arena y que aquí tenía la playa para él sólo. Seguí haciéndole ver que podía seguir contando con los amigos que le ayudaban y, que llegado el caso, siempre podría encontrar otros trabajos que completaran sus ingresos. En Benidorm, le insistí, la comida y el cobijarse en algún sitio no lo tenía asegurado y que podía terminar incluso en peores circunstancias. Le hice ver que llegaba el verano y que la playa se llenaría de gente y que tenía un lugar privilegiado que nadie le podía disputar. Terminé por ofrecerle algún dinero si necesitaba para alguna urgencia, pero lo rechazó diciéndome que ya era bastante

el que le proporcionaba con mi visita diaria, y que no le gustaba abusar. Quedamos en que se pensaría lo de la aventura de Benidorm y le animé a que mejorara el castillo y que lo reparara, que lo tenía últimamente muy abandonado. Nos despedimos y se volvió a su tarea.

Las tardes que siguieron no falté a mi cita diaria y animaba a algún amigo a que me acompañara. De forma intencionada aportaba mi propina, con la secreta esperanza de inducir a mis eventuales acompañantes a que me secundaran y así, incrementar la pequeña ganancia de aquellos días escuálidos que siguieron a las vacaciones de Semana Santa. Conseguía algún que otro voluntario generoso, pero pronto se cansaron de mi insistencia y mis requerimientos empezaron a caer en saco roto. Dejaron de acompañarme en mis diarias visitas al castillo de arena y hasta terminaron gastándome alguna broma sobre si me había hecho socio del arenero, como le llamaban, o tenía acciones en el negocio. Otros, mejor intencionados, trataban de quitarme aquella manía que me había dado con aquel castillo y me proponían alguna partida de dominó o de mus, por ver de entretenerme y sacarme aquella obsesión de la cabeza.

Pero yo veía a aquel chico desanimarse día a día y pensé que pronto me pediría aquella carta de recomendación, por lo que la redacté y me la eché al bolsillo por si me la reclamaba, con la secreta esperanza de que se hubiera olvidado de ella. De su identidad sólo sabía que se llamaba Ignacio y que era de nacionalidad italiana. Su conocida figura: espigado y seco, tostado al sol en la cara y en los brazos, con aquel sombrero vaquero con barbuquejo que se calaba en los días de viento, su colorido vestuario que cambiaba con las nuevas existencias que llegaban a la parroquia cercana, eran la nota de color que no podía faltar en la playa. Como tampoco habíamos quedado de cierto en el alcance y contenido del escrito, me limité a poner a quien aquello viera, en antecedentes del buen comportamiento del muchacho y resaltaba su habilidad con la arena. Dejé en blanco espacio suficiente para añadir su nombre y apellidos, y para el caso de tener que agregar dirección de contestación, pues no sabía dónde paraba o si de cierto tenía algún domicilio a donde dirigirla.

La tarde del viernes me acerqué al estanco para prevenirme de tabaco del fin de semana y de paso me propuse acercarme al bar, tomar un café y sondear a alguno de mis tertulianos sobre partida de mus o dominó, según se terciara, y mejor fuera la afición de los presentes que allí se encontraran. Aún había luz suficiente y la tarde era apacible y clara. Me demoré saludando a uno y a otro y terminé enfrascado en la lectura del periódico, pues nadie accedió a requerimiento de partida alguna. Repasaba distraído titulares y me paraba en alguna columna de colaborador conocido. No había mucho de interés o yo andaba en otros intereses, porque terminé dirigiendo la vista por el paseo y la playa, me puse a navegar detrás de una vela que se adentraba en el mar y me volví a tierra con el barco de contenedores que enfilaba el puerto, en un recorrido imaginario y divertido. Algo debió de

llamar mi atención, un extraño fugaz en la playa, una falta, una carencia sobre su fisonomía de todos los días. Puse mayor atención y me fijé en el lugar donde estaba el castillo, me bajé del taburete donde me había encaramado, salí a la puerta y con mejor ángulo de visión comprobé lo que me había alertado: el castillo era un promontorio de arena deforme, un montón apilado con pala sin el menor vestigio de su conocida fisonomía.

Me alarmé, pero el camarero se prestó solícito a sacarme de mi confusión. El constructor de castillos había cenado allí la noche anterior y se le vio muy animado. Había tomado una decisión y ya no se iría a Benidorm. Estaba preparando un nuevo castillo y hasta les había enseñado una postal, el modelo que utilizaría en su nueva construcción. Siguió contando el camarero, ante mi interés por su relato, que aquella mañana se le había visto muy atareado juntando aquel enorme montón de arena, porque al día siguiente acometería su nueva obra. Terminó diciendo, en animada charla, que su propósito era hacer una gran obra que mantendría durante todo el verano, según lo había oído él, la noche anterior de labios de Ignacio.

\* \* \*

Le vimos avanzar día a día, surgir nuevas torres, perfilarse las almenas. El caño del niño no dejó de manar durante todo aquel tiempo de intenso trabajo. Se le veía de buena mañana bajar a la playa y agarrarse a la faena con entusiasmo. Comentábamos por las tardes los avances, las dificultades que surgían, apurando aquel pitillo de descanso que se permitía, cuando escuchaba el repicar de la moneda en el cesto.

A la vista de una postal me explicó, con todo lujo de detalles, las simplificaciones necesarias que tenía que introducir, porque la arena no permitía determinadas alegrías constructivas y las formas arriesgadas se le derrumbarían con facilidad, lo que le obligaría a continuos repasos y reparaciones. En aquella postal resobada y grasienta se advertía un caserón fortificado y distintas dependencias alrededor de lo que sin duda sería su patio de armas. Su modelo hacía imaginar una construcción nórdica y no se trataba del castillo al uso que antes construyera, de almenas y foso. Partía la construcción de un edificio o fachada principal rematada en triángulo equilátero perfecto, al que había adosadas dos torres cuadradas y almenadas con lo que podían ser las saeteras y matacanes, por encima del portalón terminado en arco. Pero le había añadido dos torres imaginarias redondas, en una simplificación que recordaba las torres del castillo de Pierrefonds de Francia, con sus agujas portaestandartes coronadas. Y aquellas dos torres postizas enlazaban con la cerca del castillo y su camino de ronda, abrazando el patio de armas y llegando hasta los aposentos del señor, edificios de caballerizas y otras dependencias. Aquellas dos torres postizas, a modo de casamatas estiradas, las había convertido en torres vigías, para reforzar la imagen defensiva del original, de aspecto apacible y nada guerrero, que se aposentaba sobre un breve promontorio rodeado de frondosa vegetación. Como concesión al realismo de la

postal que le había servido de modelo, Ignacio puso aquí y allá sin mucho convencimiento, algún abeto de arena, que oportunamente coloreó de verde para que se pareciera algo a lo que querían representar.

Estaba ya casi terminado aquella tarde en la que amenazaba tormenta. Le vi preocupado mirando al cielo con insistencia.

–¿Lloverá?

–En este tiempo las lluvias no son fuertes. Las gotas frías y las lluvias torrenciales caen por septiembre y octubre, en estas latitudes. Si llueve, serán cuatro gotas.

–¿Ha visto usted la televisión, el parte meteorológico?

–No, no me he fijado. He oído comentar en el bar que está lloviendo en el norte. Pero eso es lo normal, en el norte siempre llueve.

–No sé, no sé, está muy negro. Tendría que proteger esto de alguna forma, pero no sé cómo, ¡han sido tantos días de trabajo!

Me despedí pronto, habíamos agotado nuestro cigarro y me di cuenta de que la tarde refrescaba más de lo normal. Un vientecillo húmedo empezó a soplar desde el mar, levanté la vista y comprobé que se metía el levante y con él unas nubes amenazadoras de tormenta.

Desde que me desvelé no he podido dormir en toda la noche. La visión de las hojas arrancadas y de la hortensia arruinada, la violencia de la lluvia, me llevó hasta el castillo en un paseo imaginario. Pienso con preocupación en algo irremediable. Espero el amanecer con ansiedad para ir a la playa y comprobar los desperfectos. No quiero imaginarme un castillo destruido y que el constructor se marche ante este nuevo golpe adverso de su fortuna. Se irá sin remedio, había puesto toda aquella ilusión renovada en la nueva empresa. Si el castillo ha sufrido desperfectos de consideración se irá, esta vez será inevitable. Pero aún hay tiempo, faltan varias semanas para que lleguen los turistas, se puede reparar, podríamos ayudarle a reconstruirlo. Me he levantado de un salto de la cama en cuanto he visto las primeras luces del día.

–¿Adónde vas a estas horas?, ¿qué bicho te ha picado?, acuéstate y descansa que te he sentido rebullir toda la noche y no me has dejado pegar un ojo.

Protestaba mi mujer mientras yo ya me había enjabonado y acometía mi barba con la hoja de afeitar.

–Tengo que bajar a la playa, quiero ver cómo ha quedado el castillo de arena con la lluvia de anoche. Seguramente se habrá perdido.

–Qué perra has cogido con ese castillo, Paco, ¡ya lo reconstruirán!



–Tú no sabes lo que pasa, el chico se marchará, ¿no lo comprendes? Si él se va nadie reconstruirá el castillo, se perderá, si el chico se desanima de nuevo. Le han ido mal las cosas últimamente.

–Ven a acostarte y déjate de castillos en la arena. Eso es un castillo en la arena, ya lo dice el refrán, y tú llevas ya muchos días haciéndote castillos de arena en la cabeza.

No atendía a sus reproches, no los oía o no quería escucharlos, pero cuando ya abría la puerta de la calle sus últimas palabras me llegaron claras.

–Pues trae al menos el pan y el periódico y haces algo de provecho.

Dejé lo del pan y el periódico para después. Sentía la urgente necesidad de comprobar por mí mismo la cuantía de los desperfectos. Cuando enfilé la última curva de la carretera y la playa se ofrecía a la vista, intenté divisar el castillo y hasta llegué a incorporarme en el asiento del coche, pero el seto me impedía alcanzar a ver nada. El viento fresco de la víspera seguía soplando de levante y venía del mar cargado de humedad, en las primeras horas de la mañana en la que algunos madrugadores comerciantes levantaban las persianas de sus establecimientos, pero en la que ni un alma se veía acercarse a la playa. Él si estaba allí. Milagrosamente no se le había derrumbado aquel castillo. Las gotas de lluvia le habían herido en toda su estructura y se apreciaban sus impactos como pequeñas muescas redondeadas y poco profundas, en las que ya se afanaba él en repasar y afinar con una brocha plana. Estaba absorto en su trabajo y se paraba en cada desperfecto con ojo experto y calculaba y discernía la importancia de cada descalabro, por decidir el remedio que debería aplicar. Mi alegría fue doble. La primera, al comprobar que el castillo estaba casi entero, que había resistido a los envites del temporal y la segunda, por ver que desde primera hora se encontraba repasando, lo que me indicaba a las claras que no abandonaría su empresa y que aquel castillo sobreviviría, como así lo había planeado su constructor, todo lo que diera de sí el verano. En tales pensamientos estaba, que no llegué a advertir aquel gran charco de agua que se había formado en la acera, cuando me metí de patas, chapoteando, como niño que sale después de la lluvia a pisar todos los charcos de la calle.

–Con este charco no se acercarán los curiosos –le dije por disimular mi torpeza, tratando de salvar los bajos de mis pantalones de la mojadura.

–Buenos días don Paco. Ya he pedido una escoba de barrendero para quitarla, me la dejarán aquí, los del chiringuito.

–No has tenido grandes desperfectos. La lluvia te ha respetado el castillo. Esta vez lo has construido sólido.

–Si, ha resistido. La lluvia cayó con fuerza pero no mucho tiempo. Se ha salvado, pero me dará trabajo repasar todas estas picaduras, parece como si hubiera sufrido un duro bombardeo.

–Si, eso parece. Los castillos son para eso, para soportar los asedios y las balas de cañón. Este ha resistido.

Su buen estado de ánimo apartó todos los malos presagios que me había formado durante la noche y en el camino a la playa. Era una buena señal que hubiese iniciado de inmediato la reparación y me confirmaba en la idea de que se afianzaba en su decisión de aguantar allí todo el verano, y luego, ya veríamos como se desarrollaban los acontecimientos.

Me causaba un cierto respeto echar la moneda cuando me miraba y me la había guardado en la mano durante la conversación; cuando se volvió para reanudar su trabajo la eché al cesto. El sonido le hizo volverse para agradecerme con su peculiar sonrisa, pero adiviné una pregunta en el arco de sus cejas.

–A propósito, ¿hizo algo sobre aquel asunto de Benidorm?

Había escrito aquella carta para demostrarle mi interés y la había llevado en el bolsillo todos estos días pero, ahora, después de lo que habíamos hablado, me sorprendía su pregunta. Pensé que aquel incidente de la lluvia le había hecho recordar su ansiado proyecto, ponerle de manifiesto la precariedad en la que se encontraba a merced de todos los avatares del tiempo, de si hacía o no sol, de si la gente se decidía a pasear y, por si esto no fuera poco, si todo coincidía satisfactoriamente, que su castillo les moviera a la largueza de echar unas monedas sobrantes en el cesto. Eran demasiados imponderables con los que había que contar y todos tenían que conjugarse satisfactoriamente. Como me vio dudar prosiguió sin esperar respuesta.

–No es para ahora, el verano está cerca y aquí creo que estaré bien, ya he pasado otros veranos. En el verano es sencillo comer, dormir y disfrutar de la bonanza de la playa. Pero en octubre, cuando el buen tiempo se acabe, he pensado que sería buena fecha para intentar mi traslado a Benidorm

Me tranquilicé ante el anuncio de que el castillo seguiría allí durante todo aquel verano, pero caí en la cuenta de que tarde o temprano desaparecería. Aquel proyecto de Benidorm se le había grabado con fuerza. No alcanzaba a saber lo que le habrían contado. Estaba por asegurar que las fantasías elaboradas en sus largas soledades, en sus horas solitarias de la playa, en sus monólogos con aquel perro de ojos lánguidos que parecían asentir cuando se le miraba, le habían hecho volar la imaginación y se veía en aquella playa de Benidorm como en un nuevo El Dorado, esperándole a él, para triunfar con sus castillos de arena y salir de aquella vida miserable. Benidorm tenía que ser el sueño al que se agarrara para sobrevivir a todo aquel infortunio de malos tiempos, de visitantes escasos y de aquellos nuevos euros que se habían achicado en el cesto, pero no en el precio de las pocas cosas que necesitaba para subsistir, que esas si que se habían incrementado lo suyo. Él no se habría enterado del cambio en el cálculo de IPC, pero lo sentía en su bolsillo que hacía agua

por tantos agujeros. Reparé en lo de la carta y me palpe el bolsillo por justificarme, pues ya sabía que con las prisas no la había echado esta vez.

–Esta misma mañana llamaré y preguntaré qué hay que hacer. Hoy dispongo de tiempo –dije para justificarme de que no era un simple jubilado que disponía de todo el tiempo que quisiera y más del que a veces quería–, pero hasta las nueve no abrirán las oficinas y aún es temprano. A la tarde te diré como han ido esas gestiones.

Dejé el pan y el periódico en la mesa de la cocina. Mi esposa, desde el aseo, me escuchó entrar.

–¿Cómo está el castillo? –dijo en tono conciliador, tal vez por contrarrestar el mal humor de la mañana.

–Bien, muy bien, no ha sufrido grandes desperfectos, se salvará del aguacero, estoy seguro, ¿quieres un café?

–Ya lo he tomado, tengo prisa y voy a llegar tarde a la oficina. Acuérdate de recoger la ropa si es que está seca. Si tienes tiempo acércate al súper que no queda agua mineral y comprueba si quedan cervezas en la nevera.

Asentí mecánicamente, porque ya andaba buscando en la guía telefónica el número de Benidorm y precisaba de toda mi concentración para seguir aquellas letras diminutas que se me escurrían y juntaban, no acertando a casar la letra con el número. Mientras buscaba, repasaba mentalmente la dirección de mis pesquisas, por encaminar mis pasos por camino seguro en el proceloso sendero de la administración. Encontré el número, lo apunté y salí a despedir a mi esposa que se iba ya a su oficina. Las últimas recomendaciones de rigor, repetidas como siempre, no conseguirían que cumpliera los encargos, o que alguna cosa terminara por quedárseme olvidada.

–No te olvides del agua, ni de las cervezas.

–Me acordaré, vete tranquila.

–Y de la ropa, no vaya a ser que se ponga de nuevo a llover.

–No tiene pinta de llover esta mañana.

Aún no era las nueve para llamar, estaba impaciente, sonó el teléfono y una voz mecánica desgranó una letanía monótona, que daba la sensación de haber sido muchas veces repetida.

–Ha sido usted agraciado en un sorteo ante notario con un apartamento en la playa de Torre Vieja. Para recibir su premio tendrá que asistir a una reunión..., su número de la suerte ha sido...

–Señorita, no se moleste, no iré a ninguna reunión de esas.

Pero la voz seguía desgranando su letanía y me di cuenta de que estaba hablando con una grabación. Colgué enfadado, me sentía acosado por aquellas llamadas, por esas

intromisiones constantes en nuestra intimidad, a través del teléfono, con la más variopinta de las pretensiones. Ayer le tocó el turno a la propia telefónica que se vende a sí misma por el teléfono. Esa voz se producía en tiempo real, pero tenía el mismo tono mecánico de la grabación de ahora. Se empeñaba en que me apuntara a una nueva oferta de llamadas locales y me tuvo más de cinco minutos de reloj al teléfono escuchando las ventajas de esa modalidad de llamadas que contenía, como no, un pago fijo mensual. Aquí está el truco, me dije mientras escuchaba, la compañía se asegura un mínimo y ya que tenemos un precio concertado, ¡hala!, a llamar como locos. Terminaremos adictos a llamar, como los chicos del móvil, que se están volviendo del todo autistas, con esa jerga ininteligible de los mensajes que se mandan que han olvidado el poco castellano que aprendieron en la escuela. Terminaremos molestando sin razón a nuestros amigos: “Nada Antonio, que como a esta hora telefónica no me cobra, que te llamo para ver cómo estás.” Me imaginaba mientras seguía escuchando sin atender aquella voz sin matices, tan falta de pasión y aburrida, la hipotética contestación de mi amigo Antonio, que calculaba del estilo: “Pero si nos acabamos de ver hace media hora. Vamos Paco, déjame ver la película tranquilo.” Y me seguía imaginando otras contestaciones posibles en aquella larga espera: “Pues me has fastidiado Paco, porque estaba dormido y me has desvelado y tendré que tomar esa maldita pastilla para poder conciliar el sueño.” Le terminé diciendo, en tono amable sí, pero con toda la intención, que no me importaba lo más mínimo ahorrarme un euro al mes y que estaba muy ocupado y que no tenía toda la mañana para escuchar aquel novelón por entregas, aquel enredo interminable de cosas que había que hacer o no hacer para adquirir los hipotéticos beneficios de aquella oferta del demonio.

Pasaban cinco minutos de las nueve, con la dichosa grabación y todos aquellos pensamientos en los que se me había perdido la cabeza. Calculé que ya estarían los funcionarios en sus mesas. “Voy a llamar”, me dije con resolución.

–Ha llamado usted al ayuntamiento de Benidorm, en este momento no podemos atenderle, manténgase a la espera...

Y luego, en valenciano, en inglés y para colmo, después de haberme repetido el mensaje en todas las lenguas posibles de la Unión Europea, la musiquita, que terminó poniéndome de los nervios. Los minutos pasaban y la música volvía a los mismos acordes. Me estaban entrando unos deseos irrefrenables de colgar, pero me mantuve paciente a la espera hasta que el conocido Clic, cortó la música y en su lugar me salió el sonido de comunicando: tú, tú, tú...

–Tu padre...

“Lo que me faltaba. Este cacharro del teléfono se ha convertido en un suplicio insoportable. Se nos meten a través de él todo tipo de vendedoras que intentan colarnos los más inútiles de los cachivaches, para que telefónica nos despierte de la siesta, y para

cuando de verdad lo necesitamos para resolver un asunto que nos preocupa, nos salgan con estas músicas insoportables”, terminé despotricando consigo mismo. “Y, ahora, el timbre de la puerta, y una amable señorita de ADT, ATT o no sé que baile de letras, que quiere venderme un sistema de seguridad con una oferta que no puedo rechazar, con una sonrisa forzada muchas veces repetida que se les termina convirtiendo en mueca. Y la oferta maravillosa con un ahorro de más del cincuenta por ciento de su precio final, que para mí, por ser quien soy y porque le he caído simpático, me lo deja en menos si coloco en mi fachada el logotipo de la marca y digo a los cuatro vientos a mis vecinos que yo también me he instalado el dichoso dispositivo de seguridad: un horroroso cartelón azul con las letras de la marca recortadas en blanco”.

–Señorita, lo lamento, pero no me siento en modo alguno inseguro.

–Pues usted se lo pierde caballero y que tenga un buen día.

–Lo mismo le deseo señorita.

¡Se habrá visto!, donde no estoy seguro es en mi propia casa, sufriendo todas las agresiones inimaginables. ¡Sólo me faltaba que ahora llamaran esos que nos quieren salvar!, que vienen tan atildados y que siempre van por parejas. Mi enfado se tornó en carcajada, pues me acordé de aquel episodio que me contó mi padre, cuando se jubiló de verdad y dejó toda actividad y se pasaba todas las mañanas en casa. Cometió el error, según me contó, de dejar pasar a la conocida pareja de atildados mozalbetes. Cuando hicieron las presentaciones y envalentonados por la facilidad con que se les habían franqueado la puerta, le dijeron a mi padre que lo primero que harían sería arrodillarse y rezar, para rogar a Dios por el perdón de los pecados del hombre. Mi padre se dio cuenta de su error, pero reaccionó con valentía y les dijo: “Eso sí que no, hijo, porque tengo un reuma que si me arrodillo no me podré levantar en toda la mañana y no tendré yo a mi edad tantos pecados como para rezar en esa postura”.

La salida de ingenio de mi padre les debió coger desprevenidos, porque desaparecieron de allí y no volvieron más.

Por fin atendieron al teléfono, esta vez milagrosamente, sin mensajes de espera ni músicas, lo que me hizo recuperar algo de mi confianza perdida en los avances de la técnica, a esto que llamamos progreso y que termina esclavizándonos con hierros más fuertes que el banco de galeras. Pero comencé un periplo de despacho en despacho.

–Pues aquí no es, porque eso que usted dice no me suena a ocupación de la vía pública, llame usted a...

Por fin encontré un funcionario diligente que me indicó con precisión de negociado, teléfono y persona que me podía atender. Agradecí a mi suerte que me hiciera topar con aquella buena persona que me orientó por los vericuetos de la administración, que muchas

veces pensamos con razón, que están para que nos perdamos por ellos, por sus meandros, y así terminar en alguna gestoría donde nos atenderán, posiblemente el mismo funcionario de la mañana que no sabía, pero que ha recuperado por la tarde la lucidez y el conocimiento. Mi buena racha siguió al encontrarme con una voz femenina, al otro lado del hilo telefónico, que no era en modo alguno monótona, sino vivaz, agradable y llena de todos los matices de la voz humana. Me puso al corriente con todo tipo de explicaciones, que mi amigo no tenía ninguna posibilidad de acceder a ese El Dorado de la playa de Benidorm.

–Concejalia de playas, ¿dígame?

–Verá señorita, estoy haciendo una gestión en nombre de un amigo italiano que anda por aquí, en Alicante, y que no domina el castellano lo suficiente. Resulta que este amigo hace unos castillos preciosos en la playa, pero se ha empeñado en mejorar su fortuna, quiere dejarnos y desplazar su industria a Benidorm. Así es, señorita, que le ruego me explique los trámites que tendría que cumplimentar para conseguir el propósito de mi amigo.

–Si, entiendo perfectamente. Verá usted, era tal el cúmulo de peticiones que teníamos que no nos ha quedado más remedio que regular la actividad. A primeros de este año hemos sacado un concurso público y se han adjudicado cinco puestos de escultores de la arena. La concesión dura dos años y están ocupados estos cinco puestos que le digo por los que han resultado adjudicatarios del concurso.

–Perdone mi insistencia pero, no existe ninguna posibilidad para mi amigo, que se me está marchitando aquí con su dichosa manía de irse a Benidorm.

–Ninguna, créame. Se ha confeccionado hasta una lista de espera priorizada para el caso de que alguno renuncie. Ya sabe usted como son estos chicos, amantes de la libertad, de los cambios de aires, que paran poco en todos los sitios y que van de aquí para allá, adonde el viento les lleva. Pues hasta eso hemos tenido la precaución de contemplar en el concurso, para no tener problemas si algún puesto se nos queda vacante.

–Ya que es usted tan amable y abusando de esa amabilidad, porque llevo toda la mañana intentando comunicar con ustedes y ahora me quiero enterar bien de todo, ¿tienen que pagar algo por esa ocupación de la playa?

–Naturalmente, caballero, el canon anual es de cien mil pesetas o, si lo prefiere en euros...

–No, muchas gracias, no es necesario, le agradezco su amabilidad y simpatía.

Me quedé haciendo cruces ante aquella explicación. De modo que hasta los escultores de la playa habían entrado de lleno en la globalización liberal. El único oficio artesano libre de gabelas que quedaba, Benidorm lo había integrado en la economía mundo. Pues la habíamos fastidiado. Estos chicos eran unos bohemios empedernidos, vagabundos de vocación y profesión, que se habían inventado un arte nuevo para vivir al margen de

impuestos, de horarios y de jefes, para estar a pleno sol, aún a riesgo de pasar alguna dificultad transitoria si las aportaciones de los transeúntes no llegaban en cantidad suficiente. Sin duda alguna, el municipio de Benidorm era pionero en integrar hasta las biografías más estrafalarias. ¡Qué sentido de la anticipación! De paso, claro está, les cobraba una tasa.

El ayuntamiento les reconocía su oficio y les integraba en el sistema. Ahora eran las cien mil pesetas del canon pero, a buen seguro, que hacienda no tardaría en llegar y les pediría una de esas licencias fiscales para ejercer la actividad. Y es de esperar que, luego, les llegue el recaudador de la Seguridad Social y, como no, les pedirán su alta y cotización en autónomos. ¡Estos muchachos están perdidos! Tendrán que incrementar su productividad para atender a tantos cobradores a su puerta. Terminarán ampliando el negocio a dos esculturas y a dos cestos de recaudación, uno para ellos y el otro para sus nuevos benefactores, y no les quedará más remedio que trabajar el doble. Pero su fortuna no acabará aquí. Para cumplimentar tanto formulario deberán tener un domicilio fijo donde recibir comunicaciones, avisos, requerimientos de pago, intereses de demora y toda la maraña de papeles que les caerá encima. ¡Pues están aviados! Y el banco, que se me olvidaba, para domiciliar los pagos, para solicitar créditos, porque el invierno ya no les dará para sobrevivir con tantas nuevas necesidades como les habrán creado, y que tendrán que pagar con parte de las ganancias del verano. Otra escultura más y otro cesto. Pero con tanto trabajo no les llegarán las horas de sol y tendrán que recurrir a la luz eléctrica y tendrán que meterse en el gasto de un grupo electrógeno. Eso sí, les dará la ventaja de que sus esculturas se verán de noche y en algo repercutirá en su recaudación. ¿Entrarán en la espiral del consumo?, del piso, del coche y ya no les quedará más remedio que poner un precio razonable para mirar sus esculturas, cobrar entrada, algo que les garantice la viabilidad del negocio, porque, de un negocio en toda regla se trata ya.

La globalización avanza sin descanso. Ahora son estos escultores de la arena los que están siendo integrados, pero pronto les puede llegar el turno al pobre de la esquina, a las putas callejeras. El Berlusconi italiano, el paisano de mi amigo, ya lo ha dicho en la prensa: los vendedores de pañuelos de los semáforos, los rumanos vendedores de la Farola, todos globalizados.

Acabé espantado de las conclusiones a las que había llegado en mi soliloquio. Me vino a la memoria una viñeta reciente del dibujante Forges, donde se veía una taquilla donde cobraban por ver las puestas de sol y la esposa o la novia, le decía al hombre que la acompañaba, algo así como: “¿No querías globalización?, ¡pues toma globalización!” Era verdad, el humor se anticipa siempre con mayor claridad y nos muestra un resumen de la realidad, del mundo al que nos vemos abocados. No hay salida, esto es una trampa infernal, tendré que avisar a mi amigo para que resista. Al menos en este bastión de su playa nos

podemos atrincherar en el castillo, allí no han llegado aún los largos tentáculos del capitalismo globalizador. ¡A las barricadas!, me dije, cogí el bastón y el sombrero y salí a la calle.

Lo encontré descansando, apoyado en una palmera, indolente, mirando al infinito y con su eterno sombrero vaquero calado el barbuquejo, mientras un grupo de curiosos se arremolinaba frente al castillo. El sol estaba ya alto, sobrepasado el mediodía, y las terrazas animadas de turistas que tomaban sus cervezas y aperitivos. Había despojado la acera de agua, el charco que se había formado con la lluvia frente a su escultura, había desaparecido. Aquel encuentro era distinto a los habituales, cuando yo paseaba por las tardes y le encontraba de espaldas al paseo, inclinado sobre su escultura repasando desperfectos y se volvía con aquella sonrisa al escuchar el repique de la moneda en el cesto. Le disparé sin mediar saludo.

–He cumplido el encargo que me hiciste sobre tu playa de Benidorm.

Se incorporó de la palmera y se le iluminó la cara con un interés inusitado que nunca había yo observado en aquella su aparente desgana, en esa apatía suya ante cualquier cosa. De modo que el asunto de Benidorm despertó su entusiasmo. Enseguida me requirió más información.

–No te traigo buenas noticias.

Y a renglón seguido le solté las explicaciones que me habían dado a mí, el resultado de mi gestión, sin omitir nada. Reservé para el final lo de las cien mil pesetas.

–Además, aunque hubieran quedado plazas libres, hay un problema añadido que no sé si hubieras podido solucionar. ¡Imagínate!, hay que pagar un canon de cien mil pesetas.

–Eso no es un problema insalvable, lo puedo solucionar.

Me quedé de una pieza. De modo que mi desvalido amigo, que vivía de caridad en la playa, disponía de más efectivo que yo, en aquel momento. Hice un cálculo mental y llegué a la conclusión que no tendría en mi cuenta del banco más allá de las cincuenta mil pesetas para terminar el mes, unos trescientos euros. Si me surgía un imprevisto tendría que pedirle a mi esposa un anticipo hasta cobrar la pensión. ¡Pues sí que estaba yo bien enterado de la fiesta!

–Si pudiera escribirme la carta que me prometió. Es por si alguno se da de baja de aquí al invierno y se me presenta la oportunidad.

O se hace alguno rico y se va de veraneo a las Bahamas, pensé para mí. Pero no le dije nada de esto y le prometí que le llevaría la carta.

–Mira, te voy a escribir esa carta, pero necesitas un domicilio a donde te puedan contestar. Quiero decirte que tendrás que solicitar permiso de tus amigos del bar o del estanco para que puedas recibir tu correspondencia, porque, ¿tú tienes domicilio?



–No, no tengo domicilio.

–Bien, pues te voy a globalizar, hijo.

–¿Qué?

–Nada, nada, son cosas mías.

Me despedí de él y me fui con paso resuelto al bar, a tomarme una caña con el euro que llevaba en la mano y que esta vez no había echado al cesto. Me tropecé con Pepe y le conté, mientras me refrescaba con la caña, todo lo que me había pasado.

–¡Pero en que mundo vives, Paco!, vas de caballero andante por ahí pretendiendo resolver entuertos, como un don Quijote cualquiera. ¡Bájate del caballo, hombre! Y quítate la armadura.

–¡Hombre, Pepe!

–Nada Paco, que no te enteras. Al escultor de la arena no le falta su paquete de rubio americano en el bolsillo y se conoce todas las máquinas tragaperras de aquí a El Campello, ¿qué fumas tú?, ¿celtas?

Apuré aquella caña, cogí el sombrero y el bastón con firmeza y me fui a escribir aquella carta. Decididamente, la trapisonda del castillo me estaba abriendo los ojos a una realidad desconocida. El pobre chico al que yo ayudaba con mi euro diario, tenía más posibles que yo, ¡inaudito!

\* \* \*

*Sr. Secretario del Ayuntamiento de Benidorm.*

*Mi querido amigo:*

*Recurro a ti para plantearte un asunto que te encarezco me ayudes a resolver, si está en tu mano, y puede hacerse con escrupuloso respeto de la legalidad de ese Ayuntamiento.*

*Tengo un amigo escultor de arena, en esta playa de Alicante, que sueña con desplazar su arte a Benidorm. Mucho me temo que caerá irremediabilmente en la melancolía si no consigue su propósito, pues sueña con El Dorado de las propinas que allí dan los turistas y que aquí, escasean.*

*No te molestes en indagar y explicarme lo del concurso, la adjudicación por dos años de los cinco puestos que habéis habilitado en la playa, del canon que les cobráis de cien mil pesetas, ¡que ya es tener morro!; porque estoy perfectamente enterado. No te enfades si te digo que no he querido molestarte y que esta mañana he sido informado de todo por una diligente funcionaria, a la que aprovecho para felicitar por su amabilidad y atención (atiende en el negociado de playas).*

*No te entretengas en informarme de lo que ya sé, ni te molestes tampoco por no haber recurrido a ti, que sé que estás muy ocupado, con estas manías de viejo que ya me están entrando.*

*Lo que quiero saber es, si este ciudadano europeo, de nacionalidad italiana, tiene alguna posibilidad de entrar en lista de espera, como aspirante a escultor de arena en esa hermosa playa de Benidorm, repleta de turistas de enero a enero, y que pueda cumplir su sueño.*

*Ni que decir tiene que cumplimentaremos todos los trámites que sean precisos, como cualquier ciudadano, sin que el privilegio de tu amistad, de la que me honro, suponga ninguna ventaja para esto que te pide, tu amigo, Paco.*

Ya está, cumplimento el sobre, le pongo franqueo y me voy derecho a la estafeta de correos ahora mismo.

–¿A donde vas, Paco, a estas horas?

–A echar una carta a correos.

–Y no puede esperar esa carta, que son más de las tres y vamos a comer.

–No mujer, no puede esperar.

Y me dirigí a correos con paso firme, dejando a mi esposa visiblemente enfadada, porque me había dado la ventolera de echar aquella carta al buzón, antes de que me arrepintiera de haberla escrito.

Mis paseos por la playa a ver el castillo se trasladaron a otro escenario. Visitaba nuestro buzón de correos varias veces al día, aún a sabiendas de que el cartero llegaba de once y media a doce de la mañana y no volvía hasta el día siguiente. Incluso los sábados y los domingos, que no había servicio de reparto, me acercaba al buzón y me cercioraba de que la carta que esperaba no estaba dentro.

–¿Adónde vas otra vez, Paco?

–¡A tomar el fresco!

–¡Vas a terminar trastornado con tantos viajes al buzón!

La carta no llegó, pero sí una llamada telefónica de mi amigo el secretario del ayuntamiento de Benidorm, cuando ya la paciencia se me acababa y los continuos ataques de mi esposa me hacían flaquear en la empresa.

–He recibido tu carta, pero no me ha sido posible llamarte antes, ¿tan importante es para ti esto?

Le respondí que sí, que lo había convertido en una cuestión de honor y que había puesto mi prestigio en juego.

–Pues veré que se puede hacer, si es tan importante para ti. Pero tú sabes mejor que yo como son estas cosas. Hay un concurso, una adjudicación, se pueden lesionar intereses

legítimos de terceros y nosotros tenemos que dar ejemplo de legalidad. Sólo me faltaba que por una tontería como esta, quedara obligado a otros favores que no quiero ni pretendo consentir. Ven a verme un día y te invito a comer, ves con tus propios ojos lo que te digo, charlamos un rato, te tranquilizas y echamos una partida de Mús.

Le prometí que iría a verle y nos despedimos. Mi esposa había oído la conversación y me miraba con ojos de reproche. Me planté en el centro del salón desafiante. La tensión de la espera de la respuesta a mi carta, mi abstinencia de los paseos a la playa y la imaginación del castillo arruinándose, me tenían como una fiera enjaulada. A ello se unían los reproches verbales, las puyas de mi mujer, que me ponían furioso al no encontrar argumentos razonables para contrarrestar los suyos, pues estaba empeñado en aquello como un niño caprichoso, pero sólo lo reconocía ante mí mismo, en los pocos momentos de lucidez que aquella obsesión me permitía.

–Te estás poniendo en ridículo, Paco, poniendo en un compromiso a un amigo, con esa manía tuya de mandar a tu escultor de la arena a Benidorm. ¿No te das cuenta? Llevas encerrado una semana sin salir y tus amigos preguntan, les he dicho que andas indispuerto pero, vas a terminar mal de verdad, pero de la cabeza, Paco, de la cabeza.

Tenía razón aquella mujer, siempre tan juiciosa, con los pies asentados tan firmes en la tierra y yo, con aquella cabeza mía por las nubes. Pero es mi condición, me decía.

–Vete a ver ese castillo de arena, date un paseo por la playa, charla con los amigos, tómate un vaso de vino, pero no sigas dando vueltas por la casa como un alma en pena.

–Tienes razón, iré a ver ese castillo de arena.

Me convenció al fin de que aquella obsesión no era buena, que me estaba realmente trastornando. El paseo me sentó bien y los amigos me recibieron con sincera alegría. Tuve que inventar sobre la marcha un inexistente catarro y pude ver aquel castillo sin acercarme, a cierta distancia, sin aceptar de inmediato la reconciliación que me pedía y que yo estaba ya dispuesto a concederle. Sin urgencias, pero con insistente constancia, la idea de acercarme se iba afianzando, iba tomando cuerpo. Me sobrepuse por fin a todas aquellas historias supuestas que me había ido forjando en mi reclusión voluntaria, me despedí de los amigos del bar con la excusa de terminar mi paseo y me encaminé con paso decidido hasta la playa.

La primavera tardía se nos había presentado de pronto como si de verano se tratara. Las pasadas lluvias eran ya un vago recuerdo arrinconado y las gentes recuperaban su afición por la calle, por el aire libre, por la visión del mar. Desde unos cien metros empecé a percatarme de que algo anómalo sucedía, de que aquella construcción de arena no presentaba la nitidez de perfiles con la que yo la recordaba, y las gentes pasaban sin mirar, sin detenerse, como si nada de interés reclamara su atención. Otras veces, cuando había paseantes por la playa, al menos se les veía aminorar el paso, echar un ligero vistazo,

expresar alguna señal de atención aunque fuera distraída. Me fui acercando y mis primeras sensaciones encontraron confirmación, aquello amenazaba ruina.

La torre postiza de la izquierda, aquel adosado imaginario que no estaba en la postal, se había derrumbado, cegaba el camino de ronda y su desplome llegaba hasta el patio de armas. Los matacanes y saeteras habían perdido sus perfiles y las almenas se encontraban corroídas y amenazaban con desmoronarse al menor envite del viento. La balaustrada que remataba aquella explanada delante del castillo del señor, había perdido la mitad de sus bien definidos barrotes. Las huellas que simulaban las juntas de los sillares de piedra se habían perdido y la imaginaria fortaleza de aquellas piedras, parecían ahora paredones de caserón con pretensiones, venido a menos.

Toda aquella ruina había pasado por mi descuido, por aquella semana en que estuve sumido en aquel estúpido resquemor sin sentido, agobiado por los pensamientos inútiles que me asaltaban ante la pérdida del último bastión de libertad que yo imaginaba en aquella playa, en aquel castillo, que se enajenaba y apartaba del oportunismo de la maquinaria mercantilista de Benidorm que todo lo convertía en dinero, de aquel concurso insólito que había integrado en la economía mundo a los últimos oficios libres que quedaban, de aquellas cien mil pesetas que terminaron por trastocar mis sentimientos de protección del muchacho que yo imaginaba desvalido e indefenso ante los envites del tiempo y de la fortuna, y que resultó todo un fiasco, al comprobar que disponía, a pesar de las escasas perspectivas de aquel invierno y vacaciones de Semana Santa tan poco afortunadas, de más efectivo que yo. Aquel castillo se había perdido por el orgullo que me asaltó, al comprobar, que un vagabundo constructor de castillos en la arena podía permitirse fumar rubio, que a mi me gustaba más que los Celtas, que fumara en mis tiempos de estudiante y a los que tuve que recurrir para ajustar mi presupuesto, con aquel estipendio de jubilación al que yo me había acomodado con resignación, pero que a partir de aquel mismo instante empezó a parecerme un insulto insoportable.

Era mi orgullo herido el que me había hecho escribir aquella carta sin sentido, que pedía cosas antagónicas que yo sabía muy bien que no podían ser, que no podía respetarse la legalidad y saltarse un concurso, por muy peregrino que a mí me pareciera, para adjudicar una nueva plaza, o ignorar aquella lista de espera de constructores de castillos y figuras en la arena de la playa de Benidorm. Era mi orgullo el que quería ver lejos de aquella playa al muchacho que me había defraudado, que me había puesto delante de los ojos, con las aclaraciones que me hizo Pepe, el mundo de ilusorias imaginaciones en el que vivía, que me había forjado para soportar el trago amargo en que me colocó aquella jubilación extemporánea y absurda, que no aceptaba, que no quería aceptar.

Pero el castillo se había perdido, arruinado sin remedio, abandonado a su suerte como un juguete roto, como material de derribo inservible que se juntaría poco a poco con la arena

de la playa, dejado al albur de niños curiosos que intentarían tocarlo, palpar su frágil arquitectura, de la artillería pesada de balones perdidos de animosos muchachos que juegan en la playa, de las inclemencias del levante húmedo y del poniente reseco que desmoronaría sus perfiles y contornos hasta convertirlo en un informe montón de arena. Aquel castillo se perdía por mi vanidad, por mi orgullo, por mi cabezonería.

Abandoné su contemplación, me aparté de él no sin esfuerzo, porque la gente me miraba ya más a mí que al castillo y se preguntarían que hacía aquel viejo loco delante de aquella ruina que había perdido su gracia. Reanudé el paseo con desgana, poniendo un pie detrás de otro mecánicamente, dejándome llevar por la inercia de la costumbre. Miraba al suelo y a la lejanía de la mar, pero aquel día magnifico con que me obsequiaba la playa en mi reencuentro con ella, no tardó en cambiar el signo de mis malos presagios y fueron ganando cuerpo las recomendaciones que me había hecho mi mujer de volver a la realidad. Y ya me convencía yo que no le faltaba razón, que aquellos castillos de arena que me forjaba en la cabeza debían desmoronarse, como se desmoronaba aquel castillo de la playa, ya sin remedio. Me animé poco a poco, no era para tanto, me dije. El verano alegrará la playa y los niños jugarán en la arena. Las muchachas tomarán el sol y volverán los amigos. Jugaremos al mús y al dominó y se animarán las tardes en partidas reñidas con veraneantes ociosos que tienen tiempo para jugar, para cambiar la monotonía de las obligadas parejas del invierno, de las frustradas partidas porque casi siempre falta alguno y no podemos completar siempre a cuatro jugadores. Todo esto lo resolverá el verano y me apartará de esas ensoñaciones, de este invierno, en que el sol no ha lucido como es de esperar siempre, en el Mediterráneo.

Había recorrido unos trescientos metros en estas cavilaciones distraído, cuando casi me tropiezo con aquel enorme promontorio. No se trataba de reparación o limpieza, porque ya se advertía con claridad aquel delfín que parecía salirse de la arena. No era un castillo, aquello tenía todos los síntomas de una escultura, pero la fuente del niño ya estaba manando y el cesto de las propinas bien dispuesto delante. Allí se afanaba mezclando en varios calderos, remojando la arena, un fornido sesentón animoso que bregaba con energías de muchacho y que apilaba el contenido de los cubos a la base del promontorio y apelmazaba con las manos las aportaciones de arena para darle consistencia. Ignacio miraba pensativo recostado en una palmera, calado su sombrero, saboreando con delectación un cigarrillo rubio americano, recreando la obra que pretendía, imaginándola en su cabeza, porque aquello no tenía la apariencia de salir de ningún modelo preconcebido, ni tampoco era, no quedaba lugar a la duda, no se trataba de ningún castillo.

Se sobresaltó al verme, sacado de sus pensamientos, cuando me paré frente a él de improviso sin anticipar saludo o señal alguna de mi presencia, mudo y tapándole el sol que

le daba de frente en la cara. Pero me saludó con su sonrisa y su gesto de apartarse el sombrero, dispuesto a entablar conversación.

–Estoy en un nuevo proyecto, hay que renovarse. Los castillos son muy laboriosos y la gente no aprecia el gran trabajo que tienen. Las figuras son más vistosas y dan pie a la imaginación, a crear conceptos y alegorías sobre el mar. Esto es la playa, el verano, no más vetustos castillos.

–Ya veo que has dejado arruinarse el castillo.

–No, lo estamos manteniendo un poco mientras terminamos esto. Allí tenemos un cesto y por la tarde nos acercamos a humedecer la arena y de vez en cuando a recoger las monedas, que alguna cae. Se mantendrá aún unos días mientras terminamos aquí. No más castillos. Mira, he visitado a mis amigos de Benidorm, mis colegas de la playa. Eso es otro concepto del arte, allí no se hacen castillos, es un error. Allí el negocio funciona como un reloj. Las figuras se cambian, se añaden otras, hay mucho más dinamismo. Un castillo cuesta mucho trabajo construirlo y después mantenerlo, mucha faena que no compensa. La gente quiere cambios, sorprenderse al día siguiente con algo nuevo, imprevisto.

–Pero los castillos de arena son lo clásico, lo que siempre se ha hecho.

–Si, pero la vida cambia, el negocio es el negocio.

–En fin, si lo tienes decidido.

–No te puedes imaginar lo que he visto en Benidorm. Allí no deja de pasar la gente ante las esculturas y sueltan una pasta. Me han dicho que, en un día malo, pero malo de verdad, la recaudación no baja de diez mil pesetas, sesenta euros. Eso no lo conseguía yo con el maldito castillo ni en el mejor de los días. Pero no queda aquí la cosa, que me han asegurado que no es raro conseguir recaudaciones de hasta sesenta mil pesetas, y días de treinta o cuarenta mil pesetas, pues son frecuentes. Así es que me he dicho, renovarse o morir y he dejado los castillos definitivamente. Haré una gran escultura con ese delfín de mascarón de proa sonriendo a la gente que pase. Los delfines son criaturas simpáticas que mueven a la cordialidad y a las buenas acciones. Mi delfín será el emblema de mi nueva empresa.

Me despedí de Ignacio rumiando lo que me había contado de Benidorm, de aquellas recaudaciones millonarias que yo imaginaba una locura, y que aquel muchacho habría perdido el juicio definitivamente. Sesenta mil pesetas, si dos días de esa recaudación alcanzaban a mi pensión de todo el mes, no podía ser, aquello era un cuento de hadas que le habían contado para gastarles una broma sus colegas de Benidorm. Pero, con ser exagerado, algo de cierto habrá, que por algo el ayuntamiento ha puesto precio a los cinco puestos de la arena. Pues si ganan esa cifra, o la mitad, bien pueden pagar las cien mil pesetas de canon que se les exige. Si al final va a ser poco lo que les cobran. Llamaré al

Secretario y le diré que se olvide de mi carta, que ya se me ha pasado el berrinche y que mi amigo italiano está entusiasmado en su nueva empresa. ¿Querrá este chico trasladar aquí el emporio de la arena de Benidorm? “No es lo mismo, aquello funciona de otra forma, con más gente, con hoteles y muchos extranjeros. No es lo mismo, no es lo mismo” –me decía y repetía en un soliloquio obsesivo–. “Benidorm es un caso único en el mundo. Si ese hotel Bali que han construido, que van a inaugurar estos días, es el más alto de Europa. Si nada más que con los turistas que caben en ese hotel se llenaba esta playa. No es lo mismo, no es lo mismo” –me repetía, mientras me iba acercando de nuevo al bar porque la caminata me había despertado la sed y me apetecía una cañita bien fría.

–Paco, tómate una caña y refresca el gaznate, te invito yo.

Era Pepe que me recibía con entusiasmo y se alegraba de verdad de verme bueno, repuesto de aquella imaginaria enfermedad que yo les había contado para no ponerme en ridículo con el relato de la verdadera historia. Estaba deseoso de compartir con alguien el comentario que me había hecho Ignacio, de someter a otro criterio la fabulosa cifra de recaudación de los artesanos de la arena de Benidorm.

–Me he tropezado con Ignacio, el arenero como tú le dices, que se ha instalado unos metros más allá y anda en una nueva construcción.

–Si, ya le he visto. Ha tomado un ayudante y todo, se ve que el negocio le irá bien.

–No es de extrañar, a poco que alcance las recaudaciones que dice sacan sus colegas en Benidorm, y hasta a Leonardo da Vinci podría pagarle con lo que dice que se ganan.

–¡Calla hombre!, la otra noche, tú no estabas que andabas con eso del catarro, se vino a tomar el bocadillo y le preguntamos qué pensaba hacer con el castillo. Remoloneó un poco, se fue al final de la barra y volvió. No sabes lo que me dijo. Pues nada, que como yo ando todo el día de aquí para allá sin hacer nada, que me lo alquilaba, que me enseñaba a remozarlo y que me daba el cuarenta por ciento de la recaudación. Estuvimos comentándolo y partiéndonos de risa durante toda la tertulia. A uno se le ocurrió decir, que ya puestos, que del niño de la fuente tenía que manar vino y que al que echara dos euros de propina le dábamos un vaso de rioja. Unas risas que para qué te voy a contar.

–Pues sí que lo habéis pasado bien en mi ausencia y yo en la cama con el catarro dichoso.

–Pero la broma no quedó ahí, porque le llamaron de nuevo y le preguntaron sobre las herramientas que se necesitaban para la construcción y nos hizo una lista de brochas, espátulas y qué se yo. Así, que siguiendo la broma, quedamos al día siguiente en ir a la ferretería y comprar todos los artilugios necesarios. Aquí está la nota, que me la guardé para dar más veracidad al asunto.

–Lo que te quería decir, Pepe, es que me ha dicho Ignacio, y a mí me parece una locura, que le han contado sus colegas de Benidorm que en un día bueno llegan a recaudar hasta sesenta mil pesetas, Pepe, ¡sesenta mil pesetas!

–¡No jodas, Paco!, ¿sesenta mil pesetas?

–Lo que te digo, que a mí me ha parecido una barbaridad, como a ti ahora mismo que te lo cuento. Pero algo de cierto tiene que haber, que no es casual que el ayuntamiento les esté cobrando esos dineros, que a mí me pareció una aberración, pero que pagan tan alegremente y se dan tortas para conseguir un puesto en la playa.

–Pues con esas recaudaciones, ya podrán. ¡No te digo!, que me voy ahora mismo a la ferretería con la lista a comprar las brochas y las espátulas, Paco, que eso es una pasta gansa.

–Sin bromas, ¿a ti que te parecen esos dineros en un día?

–Una fortuna, que no me extraña que Ignacio esté con la pelota puesta todo el día en Benidorm, que no habla de otra cosa.

–Eso me ha contado y de paso se ha entusiasmado con su nuevo proyecto. Ya no hará más castillos. Se ha venido imbuido del espíritu de Benidorm: construcciones sencillas de hacer y cambios constantes para impresionar a los turistas, dragones con fuego, antorchas al anochecer, delfines saltando de la arena, un nuevo concepto del negocio, Pepe.

–Y nosotros aquí sin enterarnos y tomándolo a broma. Este chico se nos monta en el euro.

–Pues así están las cosas, Pepe, que he venido dándole vueltas a la cabeza y en tres o cuatro días nos sacamos la mierda de pensión que nos pagan. Toda la vida amarrado a la mesa del despacho, soportando carros y carretas para ganar, después de cuarenta años a la sombra, lo que estos en menos de una semana. ¡Qué he pillado un capazo que para qué contarte!

\* \* \*

La cola de coches ocupaba la curva y no podía apreciarse la dimensión del atasco. Algún impaciente empezó a tocar el claxon y le siguió una atronadora pitada. Los niños asomaban curiosos por las ventanillas abiertas porque querían ver el mar. El verano se nos había venido encima sin transición de primavera y hacía sentir sus rigores, si cabe, con mayor urgencia. Entre los coches parados se colaba, en dirección a la playa, la más variopinta de las peregrinaciones: niños con el bañador puesto como única indumentaria y el flotador encajado en la cintura; mamás empujando carritos de bebés; hombres maduros y ancianos con sus sombrillas de playa, silla plegable y nevera, haciendo equilibrios para



transportarlo todo sin desfallecer; parejas jóvenes; jóvenes sueltos o en animadas pandillas... Toda la gama urbana, toda la marea madrileña que lo llenaba todo, que desbordaba los bares y chiringuitos, que jugaba a la pelota, que se zambullía en el mar, que tomaban el sol o que leían, que te salpicaban de agua o arena... Allí estaban, allí habían llegado como por un conjuro, por ese sortilegio que se repetía, año tras año, al aparecer en el almanaque la hoja que anunciaba el primero de agosto.

Cuando aquello empezó a disolverse y los coches emprendían lentamente la marcha, los más audaces se lanzaron como pájaros de presa a por los aparcamientos más inverosímiles. Discutían y se acaloraban por un roce de más o de menos, por un frenazo imprevisto, por un transeúnte que se cruzaba y les hacía parar. Pero no llegaba la sangre al río y terminaba por imperar el ambiente festivo de verano.

Será imposible aparcar con este barullo, con esta marabunta que se lanza hacia la orilla con ambiciones de náufragos, con ansias de darse el primer chapuzón, de llegar el primero, con las apetencias de todo un largo invierno reprimidas y que ahora se les desataba en aquella urgencia sin freno.

–¡En qué me he visto de aparcar!

–Pues deja el coche en casa, Paco. ¡A quién se le ocurre en un primero de agosto! Están llegando en tropel

–Pues ya ves, Antonio, la costumbre de llegar todo el año y aparcar el coche en la puerta.

–¿Qué te pongo, Paco?

–Una cañita fresca, que me he deshidratado dentro del coche. He tardado media hora en el trayecto de casa, que andando no llega a un cuarto de hora.

No se divisaba la arena. Un bosque multicolor de sombrillas se había desplegado. Del agua emergía un sinfín de cabezas, una barahúnda de brazos, una amalgama de cuerpos. Y la alfombra de toallas recién estrenadas, extendidas, vacías y ocupadas de todos los cuerpos posibles en su primer día de sol.

–La cañita, Paco. Vino anoche Ignacio, casi cuando íbamos a cerrar y preguntó por ti, que si habías pasado por aquí. Me dijo no sé qué de una carta, ¿qué le digo si pregunta de nuevo?

–Dile de mi parte, que cuando llegue la carta, si es que llega alguna vez, se la haré llegar sin falta.

Tras pasando la hilera de balizas se desplegaban las velas de una docena de barcos que parecían expectantes, como dispuestos al abordaje de aquella playa. Pero empezaron a entrar los niños en busca de helados, de bolsas de patatas fritas, de vasos de agua y a encaramarse en los taburetes de la barra, a patear los zapatos de la parroquia, a no dejar

títere con cabeza. Terminaron arrinconándonos contra la máquina del tabaco, donde nos refugiamos para resistir y apurar nuestra cerveza, en un retroceso continuo, en una retirada vergonzante y sin gloria alguna, ante el acoso sin tregua de los que atosigan con una pretendida educación: por favor un poquito, me permite, disculpe, si no le importa... hasta dejarte aplastado contra la pared.

El vozarrón inconfundible de Carmelo se elevó por encima de los murmullos, de las llantinas de los niños reclamando su segundo helado, de las reprimendas de las madres negándolo, de los anuncios de –oído barra–, de las conversaciones sobre las colas de aquella salida de Madrid, como todos los años, como todos los primeros de agosto y se plantó ante nosotros en el rincón de la máquina, después de traspasar de milagro entre la piña de gente imposible de sortear.

–Me he dejado a la mujer y a la suegra regañando, porque no han limpiado el piso como se le dijo al portero, porque los de julio han dejado las sábanas usadas y sin lavar y ¡qué sé yo! He deshecho mi maleta y me he venido en un vuelo. ¡Ya somos tres, nos falta uno! Y esta tarde partidita de mus, que tengo unas ganas locas de la revancha del año pasado, ¿hace?

Fue Antonio el que primero lo abrazó, a mí, me dio la mano al mismo tiempo. Nos contagió con su vitalidad de madrileño que ha superado todos los atascos y ha llegado en su primer día de vacaciones. Antonio se animó a aceptar el reto.

–Alejandro, el burgalés, debe haber llegado. Te entendías bien con él, el año pasado. Pero no te ilusiones, nosotros aquí, durante todo el año, estamos sobrados de entrenamiento. Perderéis, como siempre.

–No se hable más, ¿de acuerdo, Paco? A las cinco como un reloj aquí, a tomar el cafecito y a echar unas manos. ¡Unas cervezas, Pepe!

Y sin transición nos contó la salida de Madrid, que aquel año había sido horrible, porque había coincidido, como casi siempre, con no sé qué otra desgracia que los tuvo parados en una caravana de muchos kilómetros. Pero estaba animado, en su playa de todos los años, proyectando aquella partida de mus, y pronto se olvidó de la peripecia de la salida para, a renglón seguido, concertar una sardinada para el almuerzo del sábado y una incursión nocturna a Benidorm.

–¡Benidorm –le dije–, no contéis conmigo!

Habían localizado a Alejandro deshaciendo las maletas y se lo habían traído al bar sin consideración a las protestas de su esposa que ya se temía la racha de partidas de mus y de almuerzos con sardinas.

–Paso a la grande.

–A la grande envido.

–Tres más y los dientes de un choto, que suman diez.

La partida había comenzado casi al mismo instante en que los comensales se habían retirado de la mesa, con aquel ímpetu de los primeros días, con ganas atrasadas y la alegría de los órdagos no tardaría en llegar, cuando se les calentara la boca con la primera copa.

–Mus.

–Contra la mano con un pimiento.

Carmelo desplegaba toda su jerga castiza de Chamberí y la adornaba con toda suerte de invectivas y salidas de humor que animaban el ambiente y, de paso, pretendían minar la moral del contrario.

–Una de grande en paso, la chica es vuestra, con pares y pares tres y tres de mis treinta y una hacen seis. Amarrako que paso y una piedrecita, métete Pepe, que estos pollos se pelan fácil.

–Llevo tres manos ganándome la chica.

–Ya sabes el refrán, jugador de chica, perdedor de mus.

–Si, pero es que no veo dos reyes juntos desde que empezó la partida.

–Aquí se viene ya llorado.

A aquella partida siguieron otras y los consabidos almuerzos con sardinas que se alargaban hasta que los tomadores de sol se levantaban de la playa y se acercaban a los restaurantes al aperitivo o a comer. El verano se iba pasando como tantos años, recibiendo y despidiendo amigos, protestando por el alubión de bañistas que no dejaban ver el mar y por las colas de coches interminables que ocupaban todos los aparcamientos posibles e inventaban otros que nunca se hubieran imaginado, con la alegría que da el buen tiempo y el sol seguro que salía todas las mañanas, con las protestas consabidas sobre el calor, la humedad y todos los lugares comunes para empezar una conversación y seguir hablando al fresco de la tarde o de la noche sin mirar la hora, dejando pasar el tiempo en su sucesión de segundos, de minutos y de horas.

–Se va notando ya el fin de agosto.

–Si, Pepe, esta tarde he aparcado a la primera y delante del bar, aquí mismo.

–¿Hay puntos para la partida?

–No creo, Alejandro se ha marchado, Carmelo ha recibido un ultimátum de su mujer que le ha dicho que si esta tarde no le ayuda a recoger -salen mañana-, que se va sola para Madrid y que se busque a otra. Un desastre.

–Sí, el verano toca a su fin. He visto a Ignacio, está más gordo y sonriente que nunca, le ha tenido que ir bien este verano. Contrató a otro ayudante que le apila y amasa arena para las esculturas, que tiene ya ocupada media playa.

–Aún se mantiene parte de la estructura del castillo. ¿No habrás tirado la nota que te dejó con la lista de utensilios?

–La iba a guardar. No sé que habrá sido de ella, en el bolsillo del pantalón donde la metí, se iría derecha a la lavadora.

No hubo partida aquella tarde y la sensación de soledad que las sucesivas despedidas iban dejando, se agudizaba con los amplios claros de arena desocupada que se abrían en la playa, los aparcamientos vacíos y esa sensación de despedida constante, en la que iban desfilando todos los visitantes habituales del verano, los que se habían conocido aquel y volverían de nuevo, según decían, en sus calurosos abrazos de despedida.

–No sé tú, pero a mí me da que con las ganancias de este año Ignacio se va definitivamente a intentar su aventura de Benidorm.

–O de vacaciones al Caribe. ¡Chico, ha debido de ganar una pasta!

–Sí que hemos tenido gente este año. El paseo marítimo era un río de día y de noche. Pero mira ahora, que parece que hayan tocado una campana y todo el mundo se vuelve para Madrid.

Carmelo llegó acalorado, la camisa empapada de sudor y jadeante a darnos su último abrazo de despedida, de los que nos había anticipado algunos la noche anterior, en que se nos había tomado alguna copa de más y entre la falta de ganas de volver a los atascos de Madrid y el recuerdo de aquellos días, le había dado llorona y nos abrazaba cada cinco minutos repitiendo lo buenos amigos que éramos y lo que iba a echar en falta las partidas de mus de la tarde. Pepe y yo ya andábamos haciendo inventario del verano que irremediamente se nos había ido y tratando de encarar esos días de tránsito entre las despedidas y la nueva rutina que nos llevaría a nuestros paseos de la playa, a la tertulia de los lunes y a la cena de los viernes, recuperando la paz y todo aquel espacio para nosotros, de nuevo, como todos los fines de verano.

–Que nos vamos para Madrid. He dejado el coche en doble fila y la mujer y la suegra ya tienen ganas de que nos metamos en el atasco, darme un abrazo y a ver si cojo uno de esos puentes y me dejo caer por aquí un fin de semana.

–Buen viaje Carmelo, y cuidado con esa carretera, que irá repleta de madrileños.

–Paciencia, que lo importante es llegar.

–Adiós y hasta pronto.

Y se fue como había venido, como un vendaval del verano que aparece y desaparece con la misma fugacidad, con su aparatosa voz de trueno y esa sensación de llegar tarde a todos los sitios. Carmelo cerraba plaza con su despedida, ya se habían ido todos. Los que tenían que volver andarían metidos en sus correspondientes atascos y allí estábamos Pepe

y yo, despidiendo a la gente, como puestos por el ayuntamiento, de jefes de protocolo de la playa.

\* \* \*

Septiembre es un mes apacible, la gente que viene en septiembre es de otra forma de ser, más tranquila, o a mí así me lo parece y no ocupan tanto espacio, nos dejan respirar. No tienen esas ansias de verano como los de agosto, ese griterío, esos empujones en todos los sitios. Y los días se acomodan a la gente de septiembre, con esos atardeceres de calma en los que el aire parece haberse congelado. Hasta el agua está en absoluto reposo, no hay olas, y la mar se nos ha tendido junto a la arena como una amante cariñosa. Esta es la mar de septiembre y estas tardes que parecen no terminar nunca, con el sol haciendo guiños en los cristales de poniente como un niño travieso con un espejuelo. Esa melancolía que queda flotando en el aire después de tanto ajeteo, esa apariencia de descanso después de un intenso trabajo, es la sensación de septiembre. Y es una bendición que así sea para poner contrapunto a la jauría de agosto, a esos bañistas incansables que no dejan ver el mar, a tanto cuerpo que se tuesta sin descanso de sol a sol y que nos tapa la arena con sus parasoles.

Pepe llegó con una bolsa de plástico cargada de objetos diversos y la dejó al descuido debajo de la barra, encendió su cigarrillo, pidió su blanco frío, se acodó y me miró interrogante. Algo había en su expresión que no acertaba a comprender, tal vez era un gesto de malicia o complicidad. Esperaba que yo preguntara o iniciara una conversación. Me seguía mirando de frente, interrogante. Terminé por preguntarle.

–¿De donde vienes con ese misterio?

–¿A que no sabes quien se ha ido también?

–Pues todo el mundo, Pepe, sólo quedamos tú y yo.

–No me refiero a eso, hablo de alguien que se quería ir, que no terminaba de decidirse y por fin, se ha decidido.

–A estas horas me vienes con enigmas, pues dímelo y no me piques la curiosidad, que no estoy yo para jeroglíficos.

–Ignacio, estaba recogiendo esta mañana cuando yo iniciaba mi paseo. Me ha contado lo de Benidorm, ¿no te lo han dicho?

–¡A mí que me van a decir!, hace semanas que no hablo con él.

–Pues veras, me ha contado...

Y me puso en antecedentes de todo, de aquel amigo de Ignacio que modelaba figuras y que le había cogido de sustituto porque se volvía a Holanda con la familia, aquel que le había contado lo que se ganaba y le había metido en la cabeza la fantasía de irse a Benidorm. Ignacio estaba recogiendo sus cosas y se llevaba a uno de los ayudantes con él.

Había conseguido su sueño por aquella carambola del amigo de Holanda que, o se había hecho rico y se iba a su país a disfrutar del capital, o que algún asunto de familia le reclamaba. Que habían firmado un papel en el ayuntamiento de cesión o algo parecido a un traspaso y que Ignacio le había pagado la parte del canon anual que quedaba por amortizar y habían cerrado el trato.

–Y, ¿a qué no sabes lo que traigo en la bolsa?

–Pues cosas del súper, ¿vas a pintar en tu casa?

–No, no es para pintar la casa.

–Vienes tú hoy muy enigmático, ¿quieres jugar a las adivinanzas?

–Son espátulas y brochas, Ignacio me ha pedido que se las guarde, que allí le deja su amigo el holandés todas las herramientas y éstas, se las deja aquí, por si algún día vuelve.

–Pues ya no tendrás que comprarlas en la ferretería, ¿es eso lo que me quieres decir con tanto misterio?

–¡Hombre, son para guardárselas!

–Pues haríamos bien en aprovechar que Ignacio se ha ido y hacernos con el negocio de las esculturas y el castillo, yo por de pronto me pido el castillo, y tú te ocupas de las esculturas y vamos a medias.

–¡Paco, se te ha vuelto el juicio!

–Que hablo en serio, Pepe. Dime tú a mí que hacemos todo el otoño y el invierno que se avecina, dando paseos como dos tontos, esperando que salgan de la oficina los amigos para tomar el vino, mirando al mar toda la tarde como dos pasmarotes, esperando que se descuelgue algún despistado a las cinco de la tarde para echar la partida de mus, dime, ¿es eso vida ? Haciendo esculturas nos vamos a entretener, recuperar la actividad, ponernos morenos y saludables y, de paso, nos ganamos unos euros.

–¡Calla, Paco, qué idea se te ha metido en la cabeza!

–No bromeo, estoy hablando muy, pero que muy en serio. No es que yo quiera hacerme rico como Ignacio o su amigo el holandés, es que, la verdad, esta playa ya no será lo mismo sin las esculturas de arena y, sobre todo, sin el castillo, que se ha desmoronado entero y está hecho una ruina. Y, además, me puedes responder a una pregunta, ¿para qué has cogido las herramientas de Ignacio?

–Pues para guardárselas por si vuelve algún día.

–Eso es lo que tú te crees, pero no. Tú has cogido las herramientas y me mirabas con ojos de pillo, como un niño travieso, a ver qué te decía yo. Tú esperabas que yo te dijera esto que te estoy diciendo. Tu subconsciente te ha traicionado, Pepe, créeme.

–A mí me da un poco de vergüenza, Paco, que pasen los amigos y nos vean tirados en la arena y con un cesto, pidiendo. A mí lo que se me hace más cuesta arriba es lo del cesto y las bromas de los amigos.

–Pues quítatelo de la cabeza, que eso es un oficio y artístico. ¿Te parece bonito la mierda de pensión que nos dan, que ahora en euros casi no se ve?

–Si, no es mucho, pero vamos tirando. Y tu mujer, ¿qué dirá tu mujer?

–Mi mujer, protestará, como siempre, que si me he vuelto loco, que vaya un papel que hago en la playa tirado todo el día, que dónde he dejado mi orgullo; pero cuando vea que no le pido cincuenta euros para acabar el mes, como es muy práctica, se terminará acostumbrando y, hasta puede que le termine gustando que deje de estar ramoneando todo el día alrededor de la partida y los vinitos de más que me tomo.

–Mirado así, pues no parece tan descabellado.

–Lo que yo te diga, Pepe, ¿empezamos mañana?

–¿Mañana?, déjame que me haga a la idea.

–Nada, si lo piensas terminarás echándote para atrás, me vendrás con mil y una excusas para que lo dejemos para otro día y al final se nos anticipará algún avisado y nos quitará el empleo. Mañana te quiero ver en la playa a las ocho en punto y en pantalón de faena.

–¡A las ocho!, ¿no será muy temprano?

–A las ocho, como si volviéramos a la oficina.

Y me despedí dejando a Pepe con una cara de espanto indefinible, antes de que yo me lo pensara mejor o se me echara atrás el compañero, que aquello teníamos que acometerlo entre dos para reforzarnos y apoyarnos mutuamente. Por el camino caí en la cuenta de que aparte de las horas delante del castillo viendo trabajar a Ignacio, ninguna experiencia tenía en aquella faena, pero pronto deseché aquel mal presagio y me animé imaginando que teníamos todo el otoño y el invierno para ponernos al tanto de las técnicas y que para las vacaciones de Semana Santa seríamos ya unos expertos. Llegué a mi casa eufórico y pensando ya en el atuendo que me pondría, rebuscaba en la memoria si no me habría tirado mi mujer aquellos pantalones usados y aquellas camisas de dos bolsillos que utilizaba cuando lo de mi afición a la pesca. Una gorra o sombrero también necesitaría, que el sol aún picaba y todo el día en la playa podía sentarme mal. Entré y sin darle tiempo a saludar le pedí a mi mujer me dijera dónde andaban aquellas ropas.

–Necesito aquel pantalón de la pesca y las camisas de dos bolsillos, aquellas que me compraste en las rebajas.

–¡A saber donde están!, ¿qué mosca te ha picado?

–Nada, que las necesito para ir mañana de excursión.

–Pues ponte otra cosa, que tienes otra ropa más ligera en el armario.

–No, quiero esas camisas y el pantalón ¡Ah! Y una gorra para el sol. No habrás tirado aquellos pantalones, ni las camisas aquellas tan amplias de dos bolsillos, que eran muy cómodas.

–No, no las he tirado, estarán en el armario de la buhardilla seguramente, de estar, estarán allí. No me acuerdo muy bien, hace años que ya no vas a pescar y aquellas camisas te las ponías cuando ibas de pesca. Busca en ese armario, que estoy en lo más interesante de la película, que no me dejas nunca tranquila cuando veo algo que me gusta.

Revolví todo el armario, pero allí las encontré en un perchero, con el pantalón. La camisa verde aún conservaba en el bolsillo derecho una mancha pardusca, de tinta de calamar, que no desapareció en los sucesivos lavados. Preparé el atuendo para el día siguiente: las zapatillas de deporte, mi gorra preferida que me daba suerte en la pesca, el pantalón y la camisa verde con su mancha de tinta, todo dispuesto en el sillón para el día siguiente.

\* \* \*

Las palmeras estaban tan quietas que parecían sacadas de una postal. Me recibían sin el más leve cabeceo de las puntas de sus hojas, ni la más ligera brisa se había levantado, ni ese tenue rizo que altera la línea del horizonte al despuntar la mañana, se veía. Aquella línea imaginaria que separaba el cielo de la tierra, como decíamos en el recitado de memoria del colegio, parecía que la hubieran dibujado con tiralíneas. La ligera bruma del amanecer se había disipado y el sol ya ascendía desde el mar majestuoso: alumbrando la playa, el chiringuito, los hidropedales varados en la rompiente resudando el relente de la noche y se esparcía por la arena haciendo brillar un sin fin de conchas en irisaciones de nácar. Los restos de antiguos naufragios, arrojados a la playa por la marea de la noche, se dejaban mecer blandamente por una ola cansina, por el reflujó de la ola. Me arremangué como para regar, los pantalones por encima de la rodilla, sintiendo el frescor del agua recién amanecida, con esa sensación de ser el primero de la mañana que pisa la arena, con esa pulsión misteriosa de hollar la arena. Me estiré, respiré un aire limpio, nuevo, cargado de aromas de mar, de yodo marino, de algas y caracolas como arrulladas por aquella ola casi imperceptible, como en un ronroneo de gato adormecido.

Miré a un lado y a otro, nadie se veía, solo una difusa silueta que parecía surgir de la tenue calima y que se recortaba sobre el fondo oscuro de los montes, donde el sol ponía ya reflejos azulados.

Agarré los dos cubos y sentí la presión del hierro en las manos. Los pies se me hundían en la mullida arena recién trillada, dejando un rastro de pisadas profundas, cargado como iba. Descargué aquellos cubos con alivio. Las asas me habían dejado visibles marcas



rojizas en las manos. Aquellas manos tan blandas se iban a encallecer, les vendría bien el trabajo, el contacto con la madera de la espátula, con la brocha de repasar, con la pala para apilar la arena, con el acarreo de los cubos de agua. Se curtirían aquellas manos blancas del presidio de sombra de cuarenta años de reclusión obligada, de remover papeles, carpetas y legajos.

Pepe no llegaba, aún no eran las ocho. Miré hasta su ventana y me llegó claro el ruido de la persiana al levantarse. Él tenía las herramientas, vendría, seguro que vendría.

Le vi acercarse con aquella bolsa de plástico de la noche pasada, distraído, mirando a uno y otro lado como temiendo ser descubierto, sorprendido en una travesura. Le saludé con la mano y se animó. Se le avivó el paso hasta que se vino con caminar resuelto, porque no había un alma en la playa que pudiera verle y ya le esperaba yo, con aquellos dos cubos rebosantes de agua de mar, que sabía que eran necesarios, pero que no acertaba aún a ciencia cierta saber, como tendría que utilizarlos.